4176

Entre una mujer y Dios

ENTRE UNA MUJER Y DIOS

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

D. Eugenio Sanchez de Fuentes y Pelaez

ESTRENADO EN EL GRAN TEATRO DE TACÓN DE LA HABANA, LA NOCHE DEL VIÉRNES 22 DE MARZO DE 1895 CON EXTRAORDINARIO ÉXITO

HABANA

IMPRENTA LA ESPECIAL, DE JOSÉ V. SANTAMARINA, BERNAZA 24
ENTRE OBRAPÍA Y LAMPARILLA
1895

ENTRE UNA MUJER Y DIOS

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

D. Eugenio Sanchez de Fuentes y Pelaez

ESTRENADO EN EL GRAN TEATRO DE TACÓN DE LA HABANA, LA NOCHE DEL VIÉRNES 22 DE MARZO DE 1895 CON EXTRAORDINARIO ÉXITO

HABANA

IMPRENTA LA ESPECIAL, DE JOSÉ V. SANTAMARINA, BERNAZA 24
ENTRE OBRAPÍA Y LAMPARILLA
1895

Esta obra es propiedad de su autor

A Don José de Armas y Cárdenas

Su antiguo amigo

El Autor.

Habana, 10 de Enero de 1895.

PERSONAJES		REPARTO
OFELIA, Vizcondesa de Santa Inés....	Sra.	Luisa Calderón.
LA CONDESA DEL PINAR	,,	Dolores Blasco.
LA CONDESA DE LA ROSA	,,	Filomena Hechevarría.
LA MARQUESA DEL SAUCE	,,	Amalia Calle.
GUILLERMINA.....	Sta.	Matilde Moreno
DOLORES, Señora de compañía.....	Sra.	Gracia Villar.
EL EMBAJADOR DE RUSIA *	Sr.	Antonio Vico.
MANRIQUE DE GUEVARA.....	,,	Antonio Sánchez Pozo.
EMILIO DE SANCHIZ.....	,,	Alejandro Garrido.
EL CONDE DEL PINAR.....	,,	José Ferrando.
EL PADRE ANGEL.....	,,	Ricardo Valero.
EL CONDE DE LA ROSA.....	,,	Francisco Benavides.
EL PRINCIPE RODOLFO VAIGOFF *	,,	Vicente Roig.
EL GENERAL MENDOZA.....	,,	Enrique Terradas.
LUISITO	,,	Francisco Perrin
EL HERMANO MANUEL	,,	Rafael Perrin.
JUAN	,,	Ricardo Letre.
UN UGIER.....	,,	N. Moreno.

Religiosos, Señores y Señoras que no hablan.

El primer acto en la Habana, el segundo en Madrid, el tercero en las Provincias Vascongadas.

EPOCA ACTUAL

NOTA: Los personajes marcados con este * signo, deben hablar con un acento marcadamente extrangero.

ACTO PRIMERO

Bufete de Manrique y de Emilio, elegantemente alhajado. Al fondo dos estantes con libros: á la izquierda una mesa con papeles colocados desordenadamente. A la derecha otra, con autos: en su primer cajon una fotografía de mujer.—Puertas laterales y al fondo.

ESCENA PRIMERA

JUAN. (Saliendo con un plumero en la mano de la habitación de la derecha que se supone ser la de Manrique) ¡Vaya un desorden! .... (contemplando las mesas); ¡Papeles por aquí, libros por allá!.... ¡No sé como se las entienden! ¡Ay, de que buena gana arreglaría todo esto! Pero.... ¿y cómo, si ellos no quieren que se les toque ni un papel? .... ¡Cómo trabajan! ¡Chicos y grandes, aquí vienen todos! ¡Son unos abogados de *búten*, vamos quiero decir superiores!.... ¡Y que buenos son! ¡No sé con cual quedarme!.... Los dos me tratan como si fuera de la familia.... (Reflexivo) ¡Ay, que pocos se ven así en estos tiempos!.... ¿Y qué diablos tendrá el señorito Manrique? De seguro anda enamorado.... Cuando entré á llevarle el desayuno oí que llamaba entre sueños á una tal.... Ofelia y que le decía ¡Ingrata...! ¡ingrata! ¿A que apuesto mi cabeza á que esa *mona* lo está haciendo rabiar?.... ¡Había de ser yo! ¡La hacía andar más derecha que una i.... y si no, leña! (Haciendo con la mano la acción de pegar) ¡Es el mejor remedio!.... (pausa) En fin Juan, á tu obligación, no te metas donde no te llaman (mira á la habitación de la izquierda) ¡El señorito Emilio! ¡Siempre tan madrugador!....

ESCENA II

JUAN Y EMILIO (en trage de casa)

EMILIO. ¡Buenos días Juan.

JUAN. Buenos los tenga usted.

675286

EMILIO. (Sentándose en el bufete de la izquierda) ¿Se ha levantado ya el señorito Manrique?

JUAN. No señor: creo que ha pasado mala noche.

EMILIO. ¿Por qué lo dices?

JUAN. Porqué hace un momento cuando entré en su habitación me pareció su sueño muy agitado....

EMILIO. ¡Pobre Manrique!... Esta bien Juan, puedes retirarte.

JUAN. (¡También parece preocupado!) (vase por el fondo).

ESCENA III

EMILIO. Desde hace dias me tiene apenado Manrique. Según el diagnóstico del famoso Doctor Mendizabal, mi compañero sufre, una aneurisma incipiente del corazón, que si no se ataja determinará al fin una desgracia... ¡Ah, no quiero pensar tal cosa!.... ¡Yo confío en que el cielo, y la ciencia, le darán á Manrique largos años de vida!.... (toma un almanaque) Hoy es diez y nueve, mañana está señalada la vista de los herederos de Pérez.... ¡Qué lío han armado los tales menores!.... Aquí están los datos.... (señalando un cuaderno) ¡Uf!.. ¡Somos materialmente náufragos en este Occéano de papel sellado! Pero después de todo no debemos quejarnos.... La fortuna se muestra con nosotros de tal manera que hemos ganado en poco tiempo nombre y dinero que nos permite vivir entre los explendores del lujo. Bien es verdad que Manrique vale muchísimo. Es el alma de todo. Su profundo saber es la admiración de este foro. Anoche decía el anciano Rector de la Universidad: ¡talento y palabra como la de Guevara se han concluído hace tiempo en mis aulas! Nada más cierto. Manrique es sin disputa la primera espada de la juventud, la única figura que se destaca en primer término en todo, hasta por sus arraigados principios religiosos. Desde niño ya se le veía espigar.... Recuerdo que en el Colegio durante los ratos de ócio, su única diversión consistía en hablarme de lo que había leído, de sus proyectos para el porvenir; de viajes, que su imaginación fogosa daba ya por realizados. Nunca los juegos infantiles llamaron su atención, siempre fué un hombre en miniatura!.... su palabra.... ¿quién no la conoce? La más apasionada, al mismo

tiempo que la más cortés. Es un orador que fascina, por eso en los negocios más graves, los litigantes lo buscan, como el único capaz de conmover y tal vez conseguir algo, de las estátuas de la ley que forman el Tribunal de la Audiencia.... pero basta ya de reflexiones y estudiemos este dichoso mamotreto que todavía dará algo que hacer! (por el cuaderno después de hojearlo).

ESCENA IV

MANRIQUE Y EMILIO

MANR. ¡Salud querido!

EMILIO. ¡Hola Manrique! ¿Cómo has amanecido?

MANR. Mal, no se lo que me pasa, pero creo que esta pasión va á concluir conmigo....

EMILIO. ¡No digas tonterías! En cuanto salgamos á dar un paseo verás como desaparecen tus males.... tu necesitas descanso....

MANR. ¡Ay Emilio! ¡Ojalá que tan fácilmente pudiera curarme!....

EMILIO. ¡Pues ya lo creo!.... ¡Vamos! ¿Qué tienes? (Se levanta del bufete y va hacia su amigo).

MANR. Oye.... Te vas á reir de seguro. (Se sienta).

EMILIO. ¿Cómo he de hacerlo sabiendo que padeces? (idem).

MANR. Anoche llegué temprano de la calle, y después de haber trabajado un rato me acosté con la cabeza muy adolorida. Bien sabes que la soledad es el templo donde se tributa más ferviente culto á el amor, el altar en donde nuestro corazón coloca á su ídolo.

EMILIO. ¡Adelante!

MANR. Pues bien, á solas en mi habitación mi alma voló al lado de Ofelia, y sentí que estrechaba su mano ardiente entre las mías, con indefinible cariño, llegando mi dicha á oir claramente su dulce voz que me llamaba....

EMILIO. ¿Bien y qué?....

MANR. De pronto un sopor me fué invadiendo poco á poco, y como si hubiera apurado algún narcótico, un profundo sueño se apoderó de mi ser.

EMILIO. Pues, chico, soñar así, es una verdadera delicia.

MANR. Ten calma: después he tenido una pesadilla horrible; la he visto con el traje de desposada, jurarle ante el altar amor eterno á otro hombre.... (Se pone en pié).

EMILIO. ¡Eso es un delirio!

MANR. (Exaltándose) No, Emilio, tal vez una misteriosa revelación, un funesto presentimiento me señala la triste suerte que me espera. Arrebatármela á mi cariño, es tronchar despiadadamente mi existencia. (Mirando al cielo) ¡Oh, Dios mío! ¡Tú que todo lo sabes, desvanece pronto esta duda que amarga mis horas; cuando más valor necesito para resistir su separación! (Cae abatido en un sillón).

EMILIO. (Convenciéndolo) ¡Manrique! ¡Manrique! Cálmate.... ¿Para qué sirve la reflexión? ¿Crees acaso, á pesar de tu superior talento, en agüeros y supersticiones? ¿Qué influencia puede tener un sueño en el porvenir de un hombre?

MANR. Ha entrado el correo, y no he tenido noticias suyas.

EMILIO. ¡Estás muy exaltado, y es indispensable que te revistas de esa firmeza de carácter que te es peculiar; ten la seguridad de que tu novia te ama, y olvídate de esa maldecida pesadilla... ¡Hombre, si me dan ganas de soltar la carcajada al ver que el grave jurisconsulto Manrique de Guevara, ha despertado lleno de inquietud y de tristeza, tan sólo porque en sueños le han dado calabazas.

MANR. ¡Todavía peor!

EMILIO. Concedido: que su elegida se casaba con otro... ja... ja... ja... (se sienta.)

MANR. Tienes razón: es una cobardía de espíritu, darle realidad al sombrío cuadro que yo mismo he trazado. Sé que no tengo motivos para alarmarme, que la Vizcondesa me quiere... pero á pesar de todo, ya sea por el estado de mi ánimo, ya por su ausencia, lo cierto es, Emilio, que me encuentro hondamente impresionado.

EMILIO. (Se pone en pié). Tu posición social, tu talento, hacen que no le puedas temer á nadie. Ofelia está locamente enamorada de tí, me consta; te adora.... y te admira! ¡Dime si puede hacer algo más una mujer!

MANR. ¡Cuán bueno eres! ¡Cómo haces con tus palabras renacer en mí la tranquilidad. (Lo abraza con efusión.)

EMILIO. Pues no te he dicho nada nuevo, todo lo tenías olvidado....

MANR. ¡Ah, mi buen amigo!.... (Lo abraza otra vez).

EMILIO. Además, el hombre que posee el inmenso tesoro de la fe, está obligado moralmente á no amedrentarse, ni aun ante los más recios trances de la vida, y de llenarse de paciencia, poniendo en Dios su confianza.

MANR. ¡Bravo, bravísimo! ¡Me hablas como un verdadero padre!.... Te sobra la razón: voy á olvidarlo todo....

EMILIO. ¡Así me gusta verte!.... Reflexivo, prudente... ¡Así! ¿A que estás mejor ahora de esas fantásticas penas?... ja... ja... ja...

ESCENA V

DICHOS Y JUAN

JUAN. (Desde la puerta). ¡El señorito Luis! (Váse y después lo acompaña á entrar).

MANR. Que pase.

ESCENA VI

DICHOS Y LUISITO

LUISITO. ¡Querido Manrique! (Saludándolo).

MANR. ¡Bienvenido, Luisito!

LUISITO. ¡Sanchiz! (Dándole la mano).

EMILIO. ¡Vamos, siéntese Vd.!...

LUISITO. Sí que lo haré; estoy rendido. Anoche no he pegado los ojos.

MANR. ¡Siempre tan calavera!...

LUISITO. ¡Ay, distinguido jurisconsulto! Los hombres como yo, no se pertenecen.

EMILIO. ¡Es cierto! (Habrá fátuo!)

MANR. ¿Y qué cuenta Vd. de nuevo? ¿qué flamante crónica ha recogido Vd. al vuelo en los paseos, teatros, etcetera, etcetera?

LUISITO. ¡Nada; casi nada!...

EMILIO. ¿Qué es ello?

LUISITO. El duelo efectuado entre el Marqués de Santa Emilia y el periodista González...

MANR. ¿Cuándo?

LUISITO. Estábamos en el Casino la otra noche; una admirable partida de caramb olas formaba nuestra delicia cuando una estrepitosa bofetada resonó en el salón; volvimos las caras al instante, y encontramos al Marqués sujeto por los brazos, y á González rugiendo de ira, y preso también en los de sus amigos. Allí mismo quedó pactado el lance, y allí también se supo incontinenti la causa de la cuestión...

EMILIO. ¡Una mujer, de seguro!....

LUISITO. Precisamente: la Marquesa parece que se inclinaba mucho hácia el talento y simpática figura del escritor....

MANR. ¡Pobre marido!.... ¡Qué situación!

LUISITO. Se asombra Vd. de muy poco, si llevase Vd. carísimo Manrique, mi vida, pronto comprendería que las mujeres son todas lo mismo; que aquella que con los ojos centelleantes parece que nos brinda raudales inagotables de cariño, pronuncia entusiasmada el nombre de otro, un instante después de habernos separado de su lado.

EMILIO. ¡Es usted atroz!

MANR. ¡Implacable!

LUISITO. No, no lo crean ustedes. Es la pura verdad. ¡Si á mí me ha sucedido. apesar de mi figura, de la renta que poseo, y sobre todo del muchísimo, mundo que tengo!....

MANR. Pero hay que confesar que las mujeres cuyo trato usted frecuenta, son mujeres,... (con intención) en toda la extensión de la palabra.

LUISITO. ¿Y cree usted que deba yo establecer la división que inicia, cuando para mí todas son iguales?

EMILIO. (¡Tan necio como mordaz!)

MANR. No, amigo mio: Ud. no puede menos de reconocer que en el medio en que Ud. se agita, no brilla el ángel que esparce sus perfumes en los salones y en los más modestos hogares, que inspira purísimo amor, y que hace nacer la fé verdadera.....

LUISITO. ¡Ay ay,! Querido Guevara, veo que sobre este punto no nos podremos entender jamás: para Ud. hay mujeres buenas y malas; para mí, francamente lo digo, todas son peores....

EMILIO. Vamos, fume Ud. detractor abominable del bello sexo. (Se levanta y en uno de los cajones de la mesa busca una caja de tabacos que ofrece á Luisito.)

LUISITO. !Gracias! (Lo enciende.)

EMILIO. (A Manrique) ¿Y tú? (Ofreciéndole.)

MANR. Bueno....

LUISITO. !Delicioso aroma!) (á ellos) supongo que estarán Vds. enterados de la nota aristocrática que de Madrid nos ha traido el correo de ayer? (Se pone en pié)

MANR. ¡Nó! (Con curiosidad) ¡Venga!... (Se coloca á su lado)

EMILIO. ¡No sé nada! (Idem al otro)

LUISITO. (Con énfasis cómico) Pues he recibido una carta de mi tio el Marqués de Castell en la que me anuncia el próximo enlace del Embajador de Rusia con....

EMILIO. (Bajo á Luisito) (¡Calle Ud!)

MANR. ¿Con quién? (Vivísimo interés)

LUISITO. (Aturdido) Con... una... prima mia...

MANR. (Llevándose la mano al corazón) ¡Ah! ¿porqué tiemblas?)

EMILIO. (!Este hombre es funesto!)

LUISITO. (Mirando á los dos) ¿Pero qué diablos ocurre aquí?...

EMILIO. ¡Nada!

MANR. (¡Cada vez me afirmo más de lo aciaga que es mi suerte!) (Mirando el reloj) ¡Son las diez, voy á la Audiencia, necesito ver á mi Procurador; pronto estaré de vuelta.

LUISITO. (Saludándolo) ¡Adios Guevara!

EMILIO. ¡Hasta luego!

ESCENA VII

DICHOS MENOS MANRIQUE

EMILIO. Ahora que estamos solos, diga Vd. ¿quién es la novia?

LUISITO. ¿Pero no ha caido Vd? La Vizcondesa de Santa. Inés..

EMILIO. ¡Imposible!

LUISITO. ¿Cómo imposible? ¡Lea Vd.,! (Saca del pecho una carta que entrega á Emilio)

EMILIO. (Rechazándola) Perdón Luisito, me basta con su palabra. Y ¿será la boda?...

LUISITO. Dentro de un mes. El futuro esposo es tan viejo como rico. Vamos, es lo que se llama un buen *negocio*. (Con intención)

EMILIO. (Abstraido.) (¡Cuanta doblez encierra el corazón.!)

LUISITO. Pero hombre, se ha quedado Vd. con la noticia tan cabizbajo que cualquiera diría que le han birlado la dama.

EMILIO. (Afectando tranquilidad.) No se trata de eso, nunca he puesto mis ojos en esa señorita....

LUISITO. ¿Y entonces?...

EMILIO. (Cortando la conversación.) Ya sabrá Vd. algún día lo que sucede: ahora le ruego que no se dé por entendido de nuestra conversación con Manrique.

LUISITO. ¡Descuide Vd! (¡Pues señor he quedado enterado!)

EMILIO. Luisito, como Vd. es de casa, voy con su permiso á vestirme; luego saldremos juntos. (Váse á su habitación.)

LUISITO. ¡Sí, aquí lo espero!...

ESCENA VIII

LUISITO, SOLO

(Dándose paseos por la escena.) ¡Aquí hay misterio, y á la verdad estoy curioso por descifrarlo... Mis palabras han causado tal impresión que temo haber sido indiscreto.... ¡Ah mujeres, no servís más que para crear conflictos!.... ¡En este enigma.... la clave es la gentil Vizcondesa!.... ¿Pero qué tiene que ver ella con estos jóvenes?.... (Como recapacitando). ¿Mediarían entre Manrique y la hija del Conde del Pinar lazos de amor?.... Sí, esto es lo que parece más verosímil, y si es así hay que hacer constar que el abogado es mozo de buen gusto, porque la chica es *boccato di cardenali.* (Pausa y como si se le ocurriese una idea). ¡Ah! ¡Pronto saldré de dudas! El proceder no es muy correcto que digamos, pero dá por resultado la satisfacción de mi deseo.... Tal vez entre esos papeles, encuentre alguna prueba.... una carta.... un recuerdo, en fin algo que.... (Se dirige á registrar la mesa.) "Muy señor mío, la fianza".... ¡Esto no es lo que yo busco....¡Aquello me parece!.... (Toma un papel y lee). "Causa por asesinato y robo".... ¡Al diablo con ella!.... (Abre el primer cajón de la mesa y registra). ¿Qué es esto? ¿Un retrato de Ofelia? (Contemplándolo). ¡Lástima de joven: la *primavera* y el *invierno,* nunca han sido buenos amigos! ¿Tendrá dedicatoria? (Volviéndolo del revés). "*A*

Manrique, su Ofelia"..... ja..... ja..... ¡qué frescura para mentir! ¡Mujer al fin!.... ¡Para ésto se pintan solas!..... ¡Ahora lo comprendo todo, he hecho el papel de Yago en estos amores, sin comerlo ni beberlo!.... ¡Tiene gracia!.... Pero señor, ¿por qué el bello sexo, no ha de ser franco? ¿A qué alimentar pasiones que no han de ser correspondidas? ¿No sería más fácil desde un principio decirle á uno *nones* claramente?.... ¡Belcebú cargue con todas!....

ESCENA IX

LUIS Y EMILIO, DESPUÉS MANRIQUE

EMILIO. (Saliendo) Luisito, ¿almueza Vd. hoy con migo?

LUISITO. ¡Con gusto, pero antes tengo una cita con una amiga arrebatadora. Dentro de una hora lo espero á usted en *Inglaterra.*

EMILIO Convenido. (Mirando el reloj.)

LUISITO. ¡*Sans adieu*! (Toma el sombrero y se vá.)

EMILIO. ¡Que hombre tan superficial!

MANR. (Entrando precipitadamente y tropezando con Luisito) ¿Donde tan de prisa?

LUISITO. ¡Como siempre, á amar!

MANR. ¡Hablaremos! (Entrando)

LUISITO. (¡Te veo!) ¡Cuando Vd. quiera! (vase.)

ESCENA X

DICHOS MENOS LUISITO

EMILIO. ¿Qué tal te encuentras?

MANR. (Manrique se dirige hacia Emilio y le toma una mano). En vano he tratado de distraerme saliendo á la calle Emilio, una melancolía extraordinaria me embarga (Con resolución). Me es de todo punto necesario convencerme de la verdad de mis celos ó de mi suprema felicidad.

EMILIO. ¡Pero hombre! ¡Será posible que no tengas la suficiente energía para borrar de tu mente una idea que carece en absoluto de fundamento! (¿Cómo decirle que no se ha engañado?)

MANR. Todo lo que tu quieras Emilio, todo, pero renunciar

á verla, á escuchar de sus labios las protestas de su cariño, hoy me es imposible.

EMILIO. ¿Pero tú dudas aún de la realidad? (¡Pobre amigo!)

MANR. Además, chico, estoy decidido á casarme cuanto antes; yo no sirvo para estas luchas; comprendo que soy muy impresionable y que tomo las cosas con demasiado calor....

EMILIO. Tus palabras Manrique me causan verdadera pena. ¿Pues qué; si por una de esas cosas que por desgracia suelen ocurrir, Ofelia te olvidara?...

MANR. ¡Ah, Emilio, también tú lo crees. (Lleno de dolor se arroja en los brazos de su amigo.)

EMILIO. No hombre: ¿quién piensa en eso? Es un ejemplo, (¡La verdad es que no se que decirle!)

MANR. Continua pues.....

EMILIO. Decía, que aun dado caso que tu amada se olvidara de tí, no debes abatirte: ten presente que lo que faltan son hombres de tus condiciones....

MANR. ¡No me avergüences!

EMILIO. ¡Entre tu y yo no cabe la lisonja.!

MANR. No se me oculta, que ves las cosas como son, pero ¿qué quieres Emilio? ¡No en vano á Cupido lo pintan ciego y yo lo estoy por ella! ¡Bien lo sabes!...

EMILIO. ¡Cosa más natural (Pausa y transición)

MANR. ¿A que no adivinas lo que tengo que decirte?

EMILIO. ¡Me declaro vencido!

MANR. Pues.... que nos embarcamos mañana para Europa!

EMILIO. (Con cierta seriedad y sorprendido) Permíteme que te diga, que eso es una locura: un viaje trasatlántico..(¡No, yo debo evitarlo!)

MANR. Discúlpame: tu solo tienes el derecho de calificarme como quieras; pero, te pido en nombre de nuestra inquebrantable amistad, que me complazcas y me acompañes. (Tomándole las manos.)

EMILIO. (Como decidiéndose) ¡Invocas una cosa tan sagrada!.... ¿Qué me resta, sinó obedecerte?

MANR. ¡Ah, dame un abrazo! No esperaba menos de tí!.... (Transición y con reconcentrada alegría.)

¡Oye, estamos á fines de Mayo y ya el calor convida á emigrar...

EMILIO. ¡Ciertamente!

MANR. Ya ves, la estación no puede ser más propicia; nos embarcamos por el correo de mañana...

EMILIO. ¡Cabal, es día veinte!

MANR. Y en un abrir y cerrar de ojos nos encontramos en Madrid... ¡Verás que bien pasamos el verano!

EMILIO. (¡Y al llegar se enterará de la traicion de Ofelia! ¡Hagamos el último esfuerzo!)

MANR. ¿Te has quedado pensativo?

EMILIO. Sí, reflexiono hasta que punto puede convenirte la agitación que naturalmente acompaña á todo largo viaje, y el cambio de clima, por más que me ha asegurado el médico, que solo tienes un desarreglo nervioso.

MANR. ¡No temas nada! ¡En cuanto la vea me curo radicalmente!

EMILIO. ¿Y nuestros negocios? ¿Quién los atenderá? ¡Mira que una ligereza semejante puede traernos fatales consecuencias.

MANR. Gómez y Ramirez Bago, esos jóvenes tan entendidos, se harán cargo de nuestro bufete, tan pronto reciban aviso de la marcha.

EMILIO. ¡Adelante, ya que te empeñas!

MANR. (Sacando unos papeles de la levita) Toma los billetes de pasaje. (Sonriendo.)

EMILIO. ¡No te descuidas!..

MANR. ¡Ahora mismo voy á escribir á nuestros compañeros! (Se sienta en el bufete.)

EMILIO. ¡Bien hecho, no hay tiempo que perder! (Manrique toca el timbre á su llamamiento acude Juan).

ESCENA XI

DICHOS Y JUAN

JUAN. ¡Señorito! (Entrando).

MANR. (Dándole la carta). ¡Esta carta donde dice el sobre!

JUAN. !Muy bien! (Vase).

EMILIO. (Como hablando consigo mismo). (¡Contra el destino, es inútil luchar!)

MANR. (En pié dándole á Emilio una palmada en el hombro). Ya soy feliz!.... Ahora á disponer lo necesario... (Ambos amigos se dirigen á la habitación).

FIN DEL ACTO PRIMERO

EMILIO. (Sentándose en el bufete de la izquierda) ¿Se ha levantado ya el señorito Manrique?

JUAN. No señor: creo que ha pasado mala noche.

EMILIO. ¿Por qué lo dices?

JUAN. Porqué hace un momento cuando entré en su habitación me pareció su sueño muy agitado....

EMILIO. ¡Pobre Manrique!... Esta bien Juan, puedes retirarte.

JUAN. (¡También parece preocupado!) (vase por el fondo).

ESCENA III

EMILIO. Desde hace dias me tiene apenado Manrique. Según el diagnóstico del famoso Doctor Mendizabal, mi compañero sufre, una aneurisma incipiente del corazón, que si no se ataja determinará al fin una desgracia... ¡Ah, no quiero pensar tal cosa!.... ¡Yo confío en que el cielo, y la ciencia, le darán á Manrique largos años de vida!.... (toma un almanaque) Hoy es diez y nueve, mañana está señalada la vista de los herederos de Pérez.... ¡Qué lío han armado los tales menores!.... Aquí están los datos.... (señalando un cuaderno) ¡Uf!.. ¡Somos materialmente náufragos en este Occéano de papel sellado! Pero después de todo no debemos quejarnos.... La fortuna se muestra con nosotros de tal manera que hemos ganado en poco tiempo nombre y dinero que nos permite vivir entre los explendores del lujo. Bien es verdad que Manrique vale muchísimo. Es el alma de todo. Su profundo saber es la admiración de este foro. Anoche decía el anciano Rector de la Universidad: ¡talento y palabra como la de Guevara se han concluído hace tiempo en mis aulas! Nada más cierto. Manrique es sin disputa la primera espada de la juventud, la única figura que se destaca en primer término en todo, hasta por sus arraigados principios religiosos. Desde niño ya se le veía espigar.... Recuerdo que en el Colegio durante los ratos de ócio, su única diversión consistía en hablarme de lo que había leído, de sus proyectos para el porvenir; de viajes, que su imaginación fogosa daba ya por realizados. Nunca los juegos infantiles llamaron su atención, siempre fué un hombre en miniatura!.... su palabra.... ¿quién no la conoce? La más apasionada, al mismo

tiempo que la más cortés. Es un orador que fascina, por eso en los negocios más graves, los litigantes lo buscan, como el único capaz de conmover y tal vez conseguir algo, de las estátuas de la ley que forman el Tribunal de la Audiencia.... pero basta ya de reflexiones y estudiemos este dichoso mamotreto que todavía dará algo que hacer! (por el cuaderno después de hojearlo).

ESCENA IV

MANRIQUE Y EMILIO

MANR. ¡Salud querido!

EMILIO. ¡Hola Manrique! ¿Cómo has amanecido?

MANR. Mal, no se lo que me pasa, pero creo que esta pasión va á concluir conmigo....

EMILIO. ¡No digas tonterías! En cuanto salgamos á dar un paseo verás como desaparecen tus males.... tu necesitas descanso....

MANR. ¡Ay Emilio! ¡Ojalá que tan fácilmente pudiera curarme!....

EMILIO. ¡Pues ya lo creo!.... ¡Vamos! ¿Qué tienes? (Se levanta del bufete y va hacia su amigo).

MANR. Oye.... Te vas á reir de seguro. (Se sienta).

EMILIO. ¿Cómo he de hacerlo sabiendo que padeces? (idem).

MANR. Anoche llegué temprano de la calle, y después de haber trabajado un rato me acosté con la cabeza muy adolorida. Bien sabes que la soledad es el templo donde se tributa más ferviente culto á el amor, el altar en donde nuestro corazón coloca á su ídolo.

EMILIO. ¡Adelante!

MANR. Pues bien, á solas en mi habitación mi alma voló al lado de Ofelia, y sentí que estrechaba su mano ardiente entre las mías, con indefinible cariño, llegando mi dicha á oir claramente su dulce voz que me llamaba....

EMILIO. ¿Bien y qué?....

MANR. De pronto un sopor me fué invadiendo poco á poco, y como si hubiera apurado algún narcótico, un profundo sueño se apoderó de mi ser.

EMILIO. Pues, chico, soñar así, es una verdadera delicia.

MANR. Ten calma: después he tenido una pesadilla horrible; la he visto con el traje de desposada, jurarle ante el altar amor eterno á otro hombre.... (Se pone en pié).

EMILIO. ¡Eso es un delirio!

MANR. (Exaltándose) No, Emilio, tal vez una misteriosa revelación, un funesto presentimiento me señala la triste suerte que me espera. Arrebatármela á mi cariño, es tronchar despiadadamente mi existencia. (Mirando al cielo) ¡Oh, Dios mío! ¡Tú que todo lo sabes, desvanece pronto esta duda que amarga mis horas; cuando más valor necesito para resistir su separación! (Cae abatido en un sillón).

EMILIO. (Convenciéndolo) ¡Manrique! ¡Manrique! Cálmate.... ¿Para qué sirve la reflexión? ¿Crees acaso, á pesar de tu superior talento, en agüeros y supersticiones? ¿Qué influencia puede tener un sueño en el porvenir de un hombre?

MANR. Ha entrado el correo, y no he tenido noticias suyas.

EMILIO. ¡Estás muy exaltado, y es indispensable que te revistas de esa firmeza de carácter que te es peculiar; ten la seguridad de que tu novia te ama, y olvídate de esa maldecida pesadilla... ¡Hombre, si me dan ganas de soltar la carcajada al ver que el grave jurisconsulto Manrique de Guevara, ha despertado lleno de inquietud y de tristeza, tan sólo porque en sueños le han dado calabazas.

MANR. ¡Todavía peor!

EMILIO. Concedido: que su elegida se casaba con otro... ja... ja... ja... (se sienta.)

MANR. Tienes razón: es una cobardía de espíritu, darle realidad al sombrío cuadro que yo mismo he trazado. Sé que no tengo motivos para alarmarme, que la Vizcondesa me quiere... pero á pesar de todo, ya sea por el estado de mi ánimo, ya por su ausencia, lo cierto es, Emilio, que me encuentro hondamente impresionado.

EMILIO. (Se pone en pié). Tu posición social, tu talento, hacen que no le puedas temer á nadie. Ofelia está locamente enamorada de tí, me consta; te adora.... y te admira! ¡Dime si puede hacer algo más una mujer!

MANR. ¡Cuán bueno eres! ¡Cómo haces con tus palabras renacer en mí la tranquilidad. (Lo abraza con efusión.)

EMILIO. Pues no te he dicho nada nuevo, todo lo tenías olvidado....

MANR. ¡Ah, mi buen amigo!.... (Lo abraza otra vez).

EMILIO. Además, el hombre que posee el inmenso tesoro de la fe, está obligado moralmente á no amedrentarse, ni aun ante los más recios trances de la vida, y de llenarse de paciencia, poniendo en Dios su confianza.

MANR. ¡Bravo, bravísimo! ¡Me hablas como un verdadero padre!.... Te sobra la razón: voy á olvidarlo todo....

EMILIO. ¡Así me gusta verte!.... Reflexivo, prudente... ¡Así! ¿A que estás mejor ahora de esas fantásticas penas?... ja... ja... ja...

ESCENA V

DICHOS Y JUAN

JUAN. (Desde la puerta). ¡El señorito Luis! (Váse y después lo acompaña á entrar).

MANR. Que pase.

ESCENA VI

DICHOS Y LUISITO

LUISITO. ¡Querido Manrique! (Saludándolo).

MANR. ¡Bienvenido, Luisito!

LUISITO. ¡Sanchiz! (Dándole la mano).

EMILIO. ¡Vamos, siéntese Vd.!...

LUISITO. Sí que lo haré; estoy rendido. Anoche no he pegado los ojos.

MANR. ¡Siempre tan calavera!...

LUISITO. ¡Ay, distinguido jurisconsulto! Los hombres como yo, no se pertenecen.

EMILIO. ¡Es cierto! (Habrá fátuo!)

MANR. ¿Y qué cuenta Vd. de nuevo? ¿qué flamante crónica ha recogido Vd. al vuelo en los paseos, teatros, etcetera, etcetera?

LUISITO. ¡Nada; casi nada!...

EMILIO. ¿Qué es ello?

LUISITO. El duelo efectuado entre el Marqués de Santa Emilia y el periodista González...

MANR. ¿Cuándo?

LUISITO. Estábamos en el Casino la otra noche; una admirable partida de caramb olas formaba nuestra delicia cuando una estrepitosa bofetada resonó en el salón; volvimos las caras al instante, y encontramos al Marqués sujeto por los brazos, y á González rugiendo de ira, y preso también en los de sus amigos. Allí mismo quedó pactado el lance, y allí también se supo incontinenti la causa de la cuestión...

EMILIO. ¡Una mujer, de seguro!....

LUISITO. Precisamente: la Marquesa parece que se inclinaba mucho hácia el talento y simpática figura del escritor....

MANR. ¡Pobre marido!.... ¡Qué situación!

LUISITO. Se asombra Vd. de muy poco, si llevase Vd. carísimo Manrique, mi vida, pronto comprendería que las mujeres son todas lo mismo; que aquella que con los ojos centelleantes parece que nos brinda raudales inagotables de cariño, pronuncia entusiasmada el nombre de otro, un instante después de habernos separado de su lado.

EMILIO. ¡Es usted atroz!

MANR. ¡Implacable!

LUISITO. No, no lo crean ustedes. Es la pura verdad. ¡Si á mí me ha sucedido, apesar de mi figura, de la renta que poseo, y sobre todo del muchísimo, mundo que tengo!....

MANR. Pero hay que confesar que las mujeres cuyo trato usted frecuenta, son mujeres,... (con intención) en toda la extensión de la palabra.

LUISITO. ¿Y cree usted que deba yo establecer la división que inicia, cuando para mí todas son iguales?

EMILIO. (¡Tan necio como mordaz!)

MANR. No, amigo mio: Ud. no puede menos de reconocer que en el medio en que Ud. se agita, no brilla el ángel que esparce sus perfumes en los salones y en los más modestos hogares, que inspira purísimo amor, y que hace nacer la fé verdadera.....

LUISITO. ¡Ay ay,! Querido Guevara, veo que sobre este punto no nos podremos entender jamás: para Ud. hay mujeres buenas y malas; para mí, francamente lo digo, todas son peores....

EMILIO. Vamos, fume Ud. detractor abominable del bello sexo. (Se levanta y en uno de los cajones de la mesa busca una caja de tabacos que ofrece á Luisito.)

LUISITO. !Gracias! (Lo enciende.)

EMILIO. (A Manrique) ¿Y tú? (Ofreciéndole.)

MANR. Bueno....

LUISITO. !Delicioso aroma!) (á ellos) supongo que estarán Vds. enterados de la nota aristocrática que de Madrid nos ha traido el correo de ayer? (Se pone en pié)

MANR. ¡Nó! (Con curiosidad) ¡Venga!... (Se coloca á su lado)

EMILIO. ¡No sé nada! (Idem al otro)

LUISITO. (Con énfasis cómico) Pues he recibido una carta de mi tio el Marqués de Castell en la que me anuncia el próximo enlace del Embajador de Rusia con....

EMILIO. (Bajo á Luisito) (¡Calle Ud!)

MANR. ¿Con quién? (Vivísimo interés)

LUISITO. (Aturdido) Con... una... prima mia...

MANR. (Llevándose la mano al corazón) ¡Ah! ¿porqué tiemblas?)

EMILIO. (!Este hombre es funesto!)

LUISITO. (Mirando á los dos) ¿Pero qué diablos ocurre aquí?...

EMILIO. ¡Nada!

MANR. (¡Cada vez me afirmo más de lo aciaga que es mi suerte!) (Mirando el reloj) ¡Son las diez, voy á la Audiencia, necesito ver á mi Procurador; pronto estaré de vuelta.

LUISITO. (Saludándolo) ¡Adios Guevara!

EMILIO. ¡Hasta luego!

ESCENA VII

DICHOS MENOS MANRIQUE

EMILIO. Ahora que estamos solos, diga Vd. ¿quién es la novia?

LUISITO. ¿Pero no ha caido Vd? La Vizcondesa de Santa. Inés..

EMILIO. ¡Imposible!

LUISITO. ¿Cómo imposible? ¡Lea Vd.,! (Saca del pecho una carta que entrega á Emilio)

EMILIO. (Rechazándola) Perdón Luisito, me basta con su palabra. Y ¿será la boda?...

LUISITO. Dentro de un mes. El futuro esposo es tan viejo como rico. Vamos, es lo que se llama un buen *negocio*. (Con intención)

EMILIO. (Abstraido.) (¡Cuanta doblez encierra el corazón.!)

LUISITO. Pero hombre, se ha quedado Vd. con la noticia tan cabizbajo que cualquiera diría que le han birlado la dama.

EMILIO. (Afectando tranquilidad.) No se trata de eso, nunca he puesto mis ojos en esa señorita....

LUISITO. ¿Y entonces?...

EMILIO. (Cortando la conversación.) Ya sabrá Vd. algún día lo que sucede: ahora le ruego que no se dé por entendido de nuestra conversación con Manrique.

LUISITO. ¡Descuide Vd! (¡Pues señor he quedado enterado!)

EMILIO. Luisito, como Vd. es de casa, voy con su permiso á vestirme; luego saldremos juntos. (Váse á su habitación.)

LUISITO. ¡Sí, aquí lo espero!...

ESCENA VIII

LUISITO, SOLO

(Dándose paseos por la escena.) ¡Aquí hay misterio, y á la verdad estoy curioso por descifrarlo... Mis palabras han causado tal impresión que temo haber sido indiscreto.... ¡Ah mujeres, no servís más que para crear conflictos!.... ¡En este enigma.... la clave es la gentil Vizcondesa!.... ¿Pero qué tiene que ver ella con estos jóvenes?.... (Como recapacitando). ¿Mediarían entre Manrique y la hija del Conde del Pinar lazos de amor?.... Sí, esto es lo que parece más verosímil, y si es así hay que hacer constar que el abogado es mozo de buen gusto, porque la chica es *boccato di cardenali.* (Pausa y como si se le ocurriese una idea). ¡Ah! ¡Pronto saldré de dudas! El proceder no es muy correcto que digamos, pero dá por resultado la satisfacción de mi deseo.... Tal vez entre esos papeles, encuentre alguna prueba.... una carta.... un recuerdo, en fin algo que.... (Se dirige á registrar la mesa.) "Muy señor mío, la fianza".... ¡Esto no es lo que yo busco....¡Aquello me parece!.... (Toma un papel y lee). "Causa por asesinato y robo".... ¡Al diablo con ella!.... (Abre el primer cajón de la mesa y registra). ¿Qué es esto? ¿Un retrato de Ofelia? (Contemplándolo). ¡Lástima de joven: la *primavera* y el *invierno*, nunca han sido buenos amigos! ¿Tendrá dedicatoria? (Volviéndolo del revés). "*A*

Manrique, su Ofelia"..... ja.... ja.... ¡qué frescura para mentir! ¡Mujer al fin!.... ¡Para ésto se pintan solas!..... ¡Ahora lo comprendo todo, he hecho el papel de Yago en estos amores, sin comerlo ni beberlo!.... ¡Tiene gracia!.... Pero señor, ¿por qué el bello sexo, no ha de ser franco? ¿A qué alimentar pasiones que no han de ser correspondidas? ¿No sería más fácil desde un principio decirle á uno *nones* claramente?.... ¡Belcebú cargue con todas!....

ESCENA IX

LUIS Y EMILIO, DESPUÉS MANRIQUE

EMILIO. (Saliendo) Luisito, ¿almueza Vd. hoy con migo?

LUISITO. ¡Con gusto, pero antes tengo una cita con una amiga arrebatadora. Dentro de una hora lo espero á usted en *Inglaterra.*

EMILIO Convenido. (Mirando el reloj.)

LUISITO. ¡*Sans adieu*! (Toma el sombrero y se vá.)

EMILIO. ¡Que hombre tan superficial!

MANR. (Entrando precipitadamente y tropezando con Luisito) ¿Donde tan de prisa?

LUISITO. ¡Como siempre, á amar!

MANR. ¡Hablaremos! (Entrando)

LUISITO. (¡Te veo!) ¡Cuando Vd. quiera! (vase.)

ESCENA X

DICHOS MENOS LUISITO

EMILIO. ¿Qué tal te encuentras?

MANR. (Manrique se dirige hacia Emilio y le toma una mano). En vano he tratado de distraerme saliendo á la calle Emilio, una melancolía extraordinaria me embarga (Con resolución). Me es de todo punto necesario convencerme de la verdad de mis celos ó de mi suprema felicidad.

EMILIO. ¡Pero hombre! ¡Será posible que no tengas la suficiente energía para borrar de tu mente una idea que carece en absoluto de fundamento! (¿Cómo decirle que no se ha engañado?)

MANR. Todo lo que tu quieras Emilio, todo, pero renunciar

á verla, á escuchar de sus labios las protestas de su cariño, hoy me es imposible.

EMILIO. ¿Pero tú dudas aún de la realidad? (¡Pobre amigo!)

MANR. Además, chico, estoy decidido á casarme cuanto antes; yo no sirvo para estas luchas; comprendo que soy muy impresionable y que tomo las cosas con demasiado calor....

EMILIO. Tus palabras Manrique me causan verdadera pena. ¿Pues qué; si por una de esas cosas que por desgracia suelen ocurrir, Ofelia te olvidara?...

MANR. ¡Ah, Emilio, también tú lo crees. (Lleno de dolor se arroja en los brazos de su amigo.)

EMILIO. No hombre: ¿quién piensa en eso? Es un ejemplo, (¡La verdad es que no se que decirle!)

MANR. Continua pues.....

EMILIO. Decía, que aun dado caso que tu amada se olvidara de tí, no debes abatirte: ten presente que lo que faltan son hombres de tus condiciones....

MANR. ¡No me avergüences!

EMILIO. ¡Entre tu y yo no cabe la lisonja.!

MANR. No se me oculta, que ves las cosas como son, pero ¿qué quieres Emilio? ¡No en vano á Cupido lo pintan ciego y yo lo estoy por ella! ¡Bien lo sabes!...

EMILIO. ¡Cosa más natural (Pausa y transición)

MANR. ¿A que no adivinas lo que tengo que decirte?

EMILIO. ¡Me declaro vencido!

MANR. Pues.... que nos embarcamos mañana para Europa!

EMILIO. (Con cierta seriedad y sorprendido) Permíteme que te diga, que eso es una locura: un viaje trasatlántico..(¡No, yo debo evitarlo!)

MANR. Discúlpame: tu solo tienes el derecho de calificarme como quieras; pero, te pido en nombre de nuestra inquebrantable amistad, que me complazcas y me acompañes. (Tomándole las manos.)

EMILIO. (Como decidiéndose) ¡Invocas una cosa tan sagrada!.... ¿Qué me resta, sinó obedecerte?

MANR. ¡Ah, dame un abrazo! No esperaba menos de tí!.... (Transición y con reconcentrada alegría.)

¡Oye, estamos á fines de Mayo y ya el calor convida á emigrar...

EMILIO. ¡Ciertamente!

MANR. Ya ves, la estación no puede ser más propicia; nos embarcamos por el correo de mañana...

EMILIO. ¡Cabal, es día veinte!

MANR. Y en un abrir y cerrar de ojos nos encontramos en Madrid... ¡Verás que bien pasamos el verano!

EMILIO. (¡Y al llegar se enterará de la traicion de Ofelia! ¡Hagamos el último esfuerzo!)

MANR. ¿Te has quedado pensativo?

EMILIO. Sí, reflexiono hasta que punto puede convenirte la agitación que naturalmente acompaña á todo largo viaje, y el cambio de clima, por más que me ha asegurado el médico, que solo tienes un desarreglo nervioso.

MANR. ¡No temas nada! ¡En cuanto la vea me curo radicalmente!

EMILIO. ¿Y nuestros negocios? ¿Quién los atenderá? ¡Mira que una ligereza semejante puede traernos fatales consecuencias.

MANR. Gómez y Ramirez Bago, esos jóvenes tan entendidos, se harán cargo de nuestro bufete, tan pronto reciban aviso de la marcha.

EMILIO. ¡Adelante, ya que te empeñas!

MANR. (Sacando unos papeles de la levita) Toma los billetes de pasaje. (Sonriendo.)

EMILIO. ¡No te descuidas!..

MANR. ¡Ahora mismo voy á escribir á nuestros compañeros! (Se sienta en el bufete.)

EMILIO. ¡Bien hecho, no hay tiempo que perder! (Manrique toca el timbre á su llamamiento acude Juan).

ESCENA XI

DICHOS Y JUAN

JUAN. ¡Señorito! (Entrando).

MANR. (Dándole la carta). ¡Esta carta donde dice el sobre!

JUAN. !Muy bien! (Vase).

EMILIO. (Como hablando consigo mismo). (¡Contra el destino, es inútil luchar!)

MANR. (En pié dándole á Emilio una palmada en el hombro). Ya soy feliz!.... Ahora á disponer lo necesario... (Ambos amigos se dirigen á la habitación).

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Un salón de la alta aristocracia.--A la izquierda del actor mesas de tresillo.

ESCENA PRIMERA

EL CONDE Y LA CONDESA DEL PINAR Y VARIAS PAREJAS QUE NO HABLAN, DESPUÉS UN UGIER.

EL CNDE. (Al levantarse la tela, el Conde y la Condesa aparecerán hablando con los grupos de la reunión; un momento después ambos se separan para dar lugar al diálogo.) ¡Al fin, esposa mía, la fortuna es nuestra esclava!

LA CDSA. ¿Te refieres á la boda de Ofelia?

EL CNDE. ¡Precisamente!....

LA CDSA. ¡Ya lo creo! Nuestra hija será la joven millonaria de la corte.

EL CNDE. ¡Me parece un sueño! Y apropósito: Amalia, antes de que efectúe la ceremonia deseo hablarte francamente.

LA CDSA. ¡Te escucho!

EL CNDE. Pues.... has de saber que el matrimonio de Ofelia nos salva del abismo.

LA CDSA. (Con extrañeza y poniéndose en pie). ¡No entiendo!

EL CNDE. (Le hace señas de que espere). La mala administración de nuestros bienes, el costoso viaje á la Habana, el invierno pasado. la educación de nuestros hijos en París, todo ha contribuido á que mermasen las entradas y á que tuviera que disponer del capital.

LA CDSA. Pero dime: ¿las haciendas de Andalucía, no rinden sobradamente lo que al año gastamos en la vida?

EL CNDE. Sí, pero sus rentas están empeñadas.

LA CDSA. ¡Qué escucho!

EL CNDE. Y al ver que tendríamos que reducirnos, desatentado y loco he jugado á la Bolsa....

LA CDSA. ¿Y perdiste?

EL CNDE. Duro me es confesarlo; bajo mi palabra de honor, 50.000 pesos. (Con pena).

LA CDSA. ¡Fernando! ¿Qué has hecho?

EL CNDE. Buscaba la salvación.

LA CDSA. Y has hallado la ruina. (Pausa).

EL CNDE. Afortunadamente he podido conjurar el peligro. Mi banquero me facilitó al día siguiente la mitad de dicha suma, y un miserable judío dos noches después, el resto.

LA CDSA. ¡Calla, me haces daño!

EL CNDE. ¡Espera!

LA CDSA. ¿Aun más?

EL CNDE. Así las cosas, una solución se imponía; el matrimonio de Ofelia con el opulento Embajador. Ya sabes tú, que desde hace meses el viejo no ha cesado de galantearla.

LA CDSA. ¡Mucho!

EL CNDE. Cómo he logrado vencer, no lo ignoras, pero me he visto obligado á emplear todos los medios imaginables para hacerle á mi hija olvidar al Abogado.

LA CDSA. ¡Pobre Ofelia!.... ¡Dios la bendiga!....

EL CNDE. Sí, bendita sea!

LA CDSA. Verás cuánta felicidad la rodea.

EL CNDE. No lo dudo; el Embajador está enamoradísimo.

LA CDSA. (No lo estará tanto como Guevara.)

EL CNDE. En fin, éste es asunto concluido; Ofelia dentro de algunas horas estará casada, y nosotros salvados de la miseria.

LA CDSA. Así es; pero tú merecías que me enojase. ¿Acaso debo yo ignorar tus penas?

EL CNDE. Eso nunca, pero tenía la convicción de que todo se había de arreglar.

EL UGIER (Desde la puerta, y como anunciando los personages). ¡El Príncipe Rodolfo de Vaigoff!

ESCENA II

DICHOS, EL PRÍNCIPE Y DESPUÉS EL UGIER

EL CNDE. ¡Amigo mío! (Saludando).

EL PCPE. ¡Conde! (Dándole la mano). Señora!....

LA CDSA. ¡Bienvenido! (El Príncipe se sienta á la derecha de los personajes).

EL PCPE. Tal vez me haya apresurado: no son más que las once...

EL CNDE. No, Vaigoff, ya usted ve que no está solo, además, usted viene siempre á su casa, y sobre todo oportunamente.

EL PCPE. ¡Gracias! ¡Gracias!

LA CDSA. ¿Y el Embajador? (Con interés).

EL PCPE. Lo he dejado dándose los últimos toques.... ah! me me encargó les dijese que ésta tarde había recibido por telégrafo la aprobación de su Alteza Imperial, delegando el padrinazgo en mi persona dado mi carácter de Secretario de la Legación.

EL CNDE. (¡Este golpe es de gran efecto!)

LA CDSA. Celebro la noticia....

EL PCPE. Ahora, señora, agrego por mi cuenta, que en vez de ser el padrino de ésta boda, quisiera ser el que se casa.

LA CDSA. ¡Qué buen humor tienen siempre los jóvenes. (Sonriendo.)

EL CNDE. Ja, ja, ja.

EL UGIER ¡Los señores Condes de la Rosa! (Anunciando: se ponen en pié los hombres.)

ESCENA III

DICHOS Y LOS CONDES DE LA ROSA

C. DEL P ¿Cómo estás, hija mía?

CªDE LA R Bien, ¿y tú?

Cª DEL P ¡Margarita! (La besa en la mejilla).

C. DE LA R ¡Primo querido! (Saludando con gran cariño al Conde y al Príncipe, diríjense todos al proscenio formando un grupo aparte de las señoras que se colocarán casi en el centro del teatro). ¡Oh Vaigoff!

CªDE LA R ¿Conque llegó el día?

Cª DEL P ¡Esa es la carrera de la mujer!

CªDE LA R ¡Ay, ojalá nuestra pollita consiga un partido así. (Siguen hablando en voz baja).

C. DE LA R ¿Y qué sabe usted de la crisis iniciada en el Gabinete?

EL PCPE. Hasta ahora poco se dice.....

C. DE LA R Sí, en efecto; no hay más que rumores; parece que el Ministro de Hacienda abandona la cartera....

C. DEL P Según "La Época" de hoy, la causa es el impuesto sobre los consumos. (Continúan hablando).

Cª DEL P (Como siguiendo la conversación). Margarita, en eso que me dices, hay mucha exageración: entre mi hija y el abogado Guevara, no ha existido otra cosa que simpatías....

CªDE LA R ¡Se habla tanto!.... me habían asegurado que se amaban....

CªDEL P. Sí?

EL C. DEL P. ¿Primo, gustas del tresillo?

EL C DE LA R. ¡Con mil amores; es mi juego predilecto!

EL PCPE. *¡Allons!* (Dirigiéndose á la mesa).

C DE LA R (Mirando las cartas). ¡Buen comienzo!.... ¡Espada, basto!....

EL PCPE. Pinar, qué mala mano tiene usted.

C. DEL P (Sonriendo). ¡Lo siento! Ja, ja.

LA Cª DEL P. Si vieras cuanto vale Manrique, le he oido hablar varias veces, y francamente, arrebata.

Cª DE LA R. Sí, pero un abogado en estos tiempos gana muy poco....

Cª DEL P. Y no puede de ninguna manera sostener el lujo á que una niña como Ofelia está acostumbrada desde que nació.

CªDE LA R. Tienes mucha razón, los abogados sirven para defender nuestros pleitos, más no, para maridos de nuestras hijas....

LA Cª DEL P. ¡Claro!

EL UGIER ¡La Marquesa del Sauce!

ESCENA IV

DICHOS Y LA MARQUESA DEL SAUCE

LA Cª DEL P. (A la Marquesa). ¡Tanto bueno por aquí Marquesa!

M. DEL S. (Tomándole ambas manos). ¡Gracias por el favor!....

EL PCPE. (¡Una murmuradora más!)

C DE LA R (Al Príncipe). La fiesta promete quedar lucidísima, los salones comienzan á llenarse.

M. DEL S. (A la Condesa del Pinar). Como siempre está usted encantadora....

Cª DEL P. ¡Cuanta amabilidad!

M. DEL S. No estoy conforme, diga usted cuanta justicia! (A la Condesa de la Rosa en voz baja). ¿Ha visto usted que matrimonio tan descabellado?

CªDE LA R ¿Usted lo cree, Marquesa?

M. DEL S. ¡No he de creerlo, si ella es casi una niña y él un viejo que arrastra los piés!....

Cª DE LA R. ¡No tanto!

M. DEL S. Además, esa chica tenía hecha su elección....

Cª DE LA R ¡No sabía nada!

M. DEL S. ¿Será posible que no haya usted oido hablar de los amores de Ofelia con un jóven habanero llamado Guevara?

Cª DE LA R. (Picada). ¡Tanto como eso no; pero me parece que está usted mal enterada!

M. DEL S. No, hija mía, no, lo sé todo; para mí no hay secretos. (Sigue el diálogo).

EL PCPE. (Con explosión de alegría). ¡Codillo! ¡Conde!

C DE LA R (¡La boda lo trae preocupado!)

EL PCPE. Si ustedes lo permiten, voy á zurrarlos de lo lindo ....¡juego!

EL UGIER ¡La señorita Guillermina!

ESCENA V

DICHOS Y GUILLERMINA

GUILLER. (Saludando á las señoras). ¿Cómo están ustedes?

Cª DEL P ¡Hermosa! [La abraza].

M. DEL S. [A Guillermina, que se sienta separada de la C. del Pinar.] ¿Y tú no tienes novio?

GUILLER. No, señora....

Cª DE LA R Hay que imitar á Ofelia

GUILLER. [Bajo á la Marquesa]. (Sí, pero con un jóven.)

M. DEL S. (Naturalmente, no eres hermana de la caridad.)

GUILLER. ¡Y pensar que olvida á un hombre como Manrique!

M. DEL S. ¿Tú le conoces?

GUILLER. Es íntimo de mi familia. ¡Si viese usted que guapo es!.... ¡Lástima que su salud se encuentre resentida!....

M. DEL S ¿Qué tiene?

GUILLER. El corazón enfermo. Eso nos decía en su última carta, nuestro pariente el Doctor Mendizabal, que como usted sabe, se halla establecido en la Habana.

M. DEL S. ¡Pobre jóven!

GUILLER. [Transición]. Por ahí se dice que los asuntos del Conde del Pinar andan muy mal.

M. DEL S. Me consta, que la dote de su hija lo ha dejado arruinado.

GUILLER. ¡Será posible!

M. DEL S. Como que esta boda, hija mía, no es más que un puro negocio.

Cª DE LA R [A la Marquesa del Sauce]. ¿Ha ido usted anoche al Real?

M. DEL S. Sí, Masini admirable!

Cª DEL P ¡Es un ruiseñor!

GUILLER. ¡Un angel!

EL PCPE. ¡Robe usted! [Al Conde] ¡Sr. Conde que estoy de buenas! ¡Arrastro! [Tirando las cartas].

C DE LA R [Al Príncipe en voz baja] ¿Es cierto que el ex-novio de la Vizcondesa ha llegado hace poco de Cuba?

EL PCPE. Eso me han asegurado, y aun más; que ésta noche lo tendremos aquí.

Cª DE LA R ¿De veras? ¡Pues me temo mucho una escena dramática!

EL PCPE. No sería extraño. El que ama carece de juicio.

GUILLER. ¡Ay señora que cosas se ven!

M. DEL S La sociedad, Guillermina, está perdida.

C. DE LA R Amalia ¿y tu hija?

Cª DEL P Está en su tocador.... pronto saldrá....

M. DEL S ¿Y el novio ha venido?

GUILLER. ¡Creo que no!

M. DEL S No será estraño que se olvide tiene tanta edad....

GUILLER. ¡Pues no lo parece!

M. DEL S Ya lo creo, la química hija, la química que hace milagros (A la Condesa del Pinar). Debe usted estar radiante de alegría.

Cª DEL P ¡Figúrese usted!

EL PCPE. (Levantándose de la mesa del juego)
¡Ay amigo mio, todo lo ha perdido usted menos el honor!

Cª DEL P ¡La verdad! (Desde la mesa donde se había quedado contando las jugadas).

EL PCPE. (Yendo hacia Guillermina). Perdone usted no la hubiese saludado.....

GUILLER. ¡Estaba usted tan distraido!

M. DEL S Sí, con el juego; los hombres sinó fuman ó pierden el dinero se aburren....

EL PCPE. Eso consiste, Marquesa, en que somos muy viciosos...

GUILLER. ¡No es mal sastre el que conoce el paño!

EL PCPE. Guiliermina es usted tan hermosa como inexorable.
GUILLER. ¡No sea usted tan exagerado!
EL PCPE. ¿Cómo?
GUILLER. Cualquiera que lo oyese lo supondría ciego....
EL PCPE. Pues de seguro, que no se equivocaba, porque en efecto, estoy deslumbrado por sus encantos.
(El Conde del Pinar, levántase, toma al Príncipe del brazo y lo atrae hacia el público).
C. DEL P ¡Estoy de malas!... he perdido dos mil tantos....
EL PCPE. ¡Pues yo he dado tres codillos!
C. DEL P ¡Secretario ya me las pagará usted!
C DE LA R (Acercándose al grupo). ¿Qué conspiración es ésta?
EL PCPE. ¡Phs!
EL UGIER Los señores Guevara y Sanchiz, (vase).

ESCENA VI

DICHOS EMILIO Y MANRIQUE

CA. DEL P. (¡Madre mia!)
EL C. DEL P. (¡Qué oigo, él aquí!) (En todos los personages se ha de notar un movimiento de sorpresa).
EL PCPE. (¡Veo que estaba bien enterado!)
Mª DEL S (¡La madeja se enreda!)
EL C. DEL P. (Al Manrique). (¡Que sorpresa!)
MANR. Si señor, nuestro viaje ha sido inesperado....
EL C. DEL P. ¡Sanchiz como va! (Dándole la mano).
EMILIO. ¡Bien!
EL C. DEL P. ¿Y la navegación?
MANR. Muy tranquila.
EMILIO. A los piés de la Condesa. (La del Pinar).
CA. DEL P. ¡Caballero!
MANR. ¿Qué tal desde la última vez que nos vimos en Cuba?
CA. DEL P. Perfectamente y ¿usted como deja la Habana?
EMILIO. Todo igual.
EL PCPE. (La tranquilidad de ese hombre me parece de mal agüero).
MANR. Solo de vez en cuando alguna mala noticia que nos lleva el correo.... (Con intención).
CA. DEL P. (¡Ya comprendo!)
Cª DE LA R (Mirando con sus impertinentes á Guevara). ¡Parece tísico! ¡que mal color tiene!

GUILLER. ¡En verdad, se ha desmejorado bastante!

M. DEL S (No hay duda, es muy simpático).

LA Ca DEL P. (A Manrique). ¿Y los amigos?

MANR. (Con indiferencia y recorriendo con la vista los grupos de la sala). ¡Bien, todos bien!... [Divisa á Guillermina se dirige á ella y la saluda con mucho afecto].

¡Oh Guillermina!

GUILLER. Me figuraba que la ausencia te había hecho olvidarme.

MANR. Nunca hija mia; yo no soy como otros... ¿Aceptas mi brazo?

GUILLER. ¡Con mucho gusto!

Ca DE LA R (¡Que guapo es!)

M. DEL S (¡Ay si yo tuviera veinte años menos! ¡Que interesante!)

MANR. (¿Has visto cuanta falsia?)

GUILLER. (Ella es inocente.)

MANR. (¿Cómo?)

GUILLER. (¡Hablemos claro!)

MANR. (¡Eso deseo!)

GUILLER. Pues oye: á pesar de que Ofelia pertenecerá dentro de poco á otro hombre, estoy segura que siempre su corazón ha sido tuyo....)

MANR. (Guillermina, tu eres su íntima amiga, y tratas de disculparla....)

GUILLER. (¡Nada de eso! ¡Ella es una víctima!)

MANR. [Sonriendo con amargura] La víctima, soy yo. [Sentando á Guillermina].

M. DEL S [A la Condesa de la Rosa señalando á Guevara]. (Me parece que el cielo se anubla).

Ca DEL P [A su marido]. ¡Estoy muy nerviosa! ¡Presiento algo grave... !La llegada de Manrique.. sus amores contrariados...

EL C. DEL P. ¡Nada temas! ¡Guevara es un caballero!

Ca DEL P. ¡Ojalá me equivoque!.... Voy á dar una vuelta por los salones.... [Sale por la izquierda].

ESCENA VII

DICHOS MENOS LA CONDESA DEL PINAR

EMILIO. ¡Estoy violento en esta casa! ¡Vámonos!

MANR. ¡Antes muerto; tengo que verla!

EMILIO. Ten prudencia!....

M. DEL S [á.Guillermina]. ¿Ese trage es obra de Worth?

GUILLER. Si señora.

M. DEL S ¡Se comprende! Es de un gusto esquisito.

MANR. (A Emilio). (¡Que mujer tan redicha!)

EMILIO. (¡Insoportable!)

M. DEL S [A la Condesa de la Rosa]. ¿Fué usted al Hipodromo?

Cª DE LA R ¡No....!

M. DEL S El premio lo ganó un caballo de Medinaceli.

GUILLER. Sí, Jazmin, mi favorito.

Cª DE LA R [A la Marquesa del Sauce]. ¿Usted no falta á nada?

M. DEL S No nos queda otro remedio, como ya nadie nos hace caso. (Risa entre las señoras). Condesa (A la de la Rosa). ¿Tiene usted la bondad de decirme, si á Guevara le agrada el trato de las señoras de cierta edad?

Cª DE LA R Lo ignoro, pero procuraré enterarme...

M. DEL S ¡Bien! (¡Que buena ocasión para atraparlo, ahora que está despechado!)

Cª DE LA R (A Guillermina). (¿Ha visto usted las pretenciones de la Marquesa?)

GUILLER. (Sí..... los años..... ¿qué quiere usted?)

EMILIO. (A Manrique). (Si no oyes mis consejos, ahora mismo me marcho; no quiero ser tu cómplice).

MANR. (¡Descuida ya ves cuan sereno estoy!)

EMILIO. Crees estarlo, pero en el fondo de tu alma, batallan las mas encontradas pasiones

M. DEL S ¿Ve usted aquel que está allí? (Señalando al Secretario).

Cª DE LA R Sí.

M. DEL S Pues ese caballero es aquel de quien se habló tanto...

Cª DE LA R No recuerdo.

M. DEL S Si, aquella aventura del carnaval pasado....

GUILLER. ¡El caso fué muy original!

Cª DE LA R ¡Ah, ya caigo, pero.... ¿qué hizo el marido?

M. DEL S ¿Qué había de hacer?

GUILLER ¡Matar al Príncipe!

Cª DE LA R Estos señores están muy altos, no se les alcanza ni con escaleras...

GUILLER. ¡Con una pistola se les hace bajar!

Cª DE LA R ¡Mírelo usted tan espetado!
(¡A mi todos los rusos me parecen osos blancos!) (Risas)

GUILLER. (¡Ya quisieras uno!) ja.... ja....

Cª DE LA R ¡Que lengua!.... ¡Que lengua!
M. DEL S ¡La Condesa! [Al reparar en ella].

ESCENA VIII

DICHOS Y LA CONDESA

Cª DEL P. (Dirigiéndose á la concurrencia). Señores, en el salón de música, el Maestro Guillen, nos reserva una sorpresa.. ¿Quieren ustedes venir?...
TODOS. ¡Sí.... sí.... vamos!....
(Los caballeros le dan el brazo á las señoras: los últimos Manrique y Emilio y se marchan todos hablando.)
MANR. (¡Cuanto padezco!)
EMILIO. (¿Y aún quieres permanecer aquí?)... (Salen por el foro.)

ESCENA IX

OFELIA

(Una vez sola la escena, de la habitación de la izquierda sale Ofelia, vestida de novia pero sin velo; la actriz ha de reflejar la ansiedad más viva.) ¡Vírgen del Cármen! ¡No me desampares.! ¡El sacrificio que me he impuesto, es superior á mis fuerzas...! ¡A medida que se acercan los momentos, siento flaquear mi voluntad! ¡Hacerme esposa de un hombre á quien aborrezco!.. ¡Ah, que triste es mi suerte! ¡Y tú, adorado Manrique, cuan justamente mal decirás hasta mi memoria!....

ESCENA X

DICHA Y MANRIQUE [que sale como buscando á alguien].

OFELIA. [Al verlo lanza un grito]. ¡Ah!.. ¡Tu aquí!.. [Tapándose la cara].
MANR. ¿Te sorprendes? [Contemplándola].
¡Ven!.... ¡Ven!.... ¡Te buscaba! [Con rabia].
OFELIA. [Yendo hacia él con ademán suplicante]. ¡Silencio!... ¡Perdón!....
MANR. ¡Jamás!
OFELIA. ¡No me culpes!....
MANR. ¡No añadas á la traición la mentira!

OFELIA. ¡Oyeme por piedad! (Pausa corta). ¡Maldita mil veces si te engaño!... ¡Manrique, no lo dudes, mi vida es solo tuya!... ¿Cómo he de olvidarte, si todo mi ser se halla henchido de tu amor?

MANR. ¿Eso dices?

OFELIA. ¡Sí! ¡Sí!

MANR. Entonces, desengañaré al Embajador..... ahora mismo voy á impedir tu matrimonio (Hace como que se va).

OFELIA. (Deteniéndole). ¡No, no, Manrique! ¡Detente!

MANR. ¿Aun vacilas?

OFELIA. ¡Es ya tarde!....

MANR. ¡No lo es nunca cuando trato de hacerte dichosa!

OFELIA. Además, el escándalo sería inevitable, y mi nombre correría de boca en boca...

MANR. ¿Qué importa? En cambio tu corazón vendría á parar á mis brazos.... ¡Basta de indeciciones!... ¡El tiempo vuela... Espera!

OFELIA. [Deteniéndolo]. ¡Cuan desdichada soy!... Manrique, no te afanes.... (Con dignidad). ¡De esta boda depende la salvación de mi padre!

MANR. (Arrojándola de sí con violencia). ¡Mientes infame!.. ¡Apártate de mi vista!. ¡Sólo me inspiras desprecio!

OFELIA. (Arrastrándose hácia á él de rodillas). ¡Manrique, calla.... calla!.... ¡Todo menos eso!..... (Rompe á llorar) ¡Ay de mi!.....

ESCENA XI

DICHOS Y EMILIO (que al entrar quédase sorprendido al ver tal situación.)

OFELIA. (Al ver á Emilio se levanta). ¡Adios!.. ¡Adios! (arrojándole un beso desaparece por donde entró).

ESCENA XII

DICHOS MENOS OFELIA

EMILIO. Te has propuesto dar un espectáculo, y lo vas á conseguir....

MANR. ¿Porqué vivo aún?

EMILIO. ¡Bien presentía lo que ha sucedido!

MANR. ¡La copa de la amargura he querido apurar hasta las heces!

EMILIO. ¿Y qué has conseguido con eso? Así no se media nada, al contrario, tales emociones, concluirán por enfermarte. Además, ¿no comprendes que esa mujer es una mártir de la ambición? ¡Léjos de ultrajarla, debías compadecerla!...

MANR. ¡Estoy celoso porque la amo, si la compadeciera mi cariño habría muerto!

EMILIO. ¡Los celos son malos consejeros!

MANR. Lo sé; pero ahora me sirven para darle calor á mi frio corazón.

EMILIO. ¡Basta de sueños: convéncete de la realidad; Ofelia ya no te pertenece!

MANR. ¡Maldita cien veces esa boda! ¡Ser de tan hermosa mujer, dueño solo de su alma!....

EMILIO. ¡Vamos al salón: de seguro nos habran echado de menos!....

MANR. ¡Te sigo! (Al ir á salir asoman los personajes que vuelven al salón, haciendo comentarios sobre la música que han oido. Al verlos Manrique y Emilio se sientan en una de las mesas de juego).

EMILIO. ¡Haz que juegas!....

ESCENA XIII

DICHOS Y TODOS MENOS LA CONDESA DEL PINAR

EL PCPE. (Dirijiéndose á Emilio y Manrique). ¿Hay suerte?

MANR. ¡La misma que en amores!

EL PCPE. ¡Fatalidad!

Cª DE LA R Esa marcha nupcial que acabamos de oir, es como del Maestro Guillen, de gran efecto....

C DE LA R ¡Grandiosa!

M. DEL S. (A Guillermina). (¡Más que marcha nupcial, para el viejo, será marcha fúnebre; de esta barqueta se muere!)

GUILLER (¡El pobre ya no está para ciertas gracias!)

C DE LA R (¡Qué temple de carácter el de ese mozo!) (Al de Pinar.)

C. DEL P. (¡Estoy consternado: esa calma es precursora de la tempestad!)

EL UGIER ¡El General Mendoza!

ESCENA XIV

DICHOS Y EL GENERAL

MANR. (La viste: cuan bella estaba!)

EMILIO. (¡Sí...!)

GENERAL (Saludando). Señoras!

C. PINAR. } ¡General!
C. ROSA. }

GENERAL (Dirigiéndose á Sanchíz). ¡Emilio! (Abrazándolo).

EMILIO. (Idem). ¡Veterano General!

GENERAL ¡Ah, también Guevara! ¿Y el futuro esposo por donde anda?

EMILIO. No lo he visto.

GENERAL Dicen que es un Creso, y que toda una población del Imperio Ruso, es de su propiedad.

MANR. ¡Y eso que no estamos en la Edad Media!

EMILIO. La civilización y la libertad de Rusia, no han servido más que para una cosa....

GENERAL ¿Cuál?

EMILIO. El fomento del nihilismo.

GENERAL ¡Eso es un contra Dios!

MANR. No lo crea usted, es sólo un contra.... Zar!....

Mª DEL S. (Ya tenemos aquí al General Bum-Bum!)

GENERAL (Al Príncipe). ¿Qué tal Príncipe, y usted cuando sigue el ejemplo de su jefe?

EL PCPE. ¡Por ahora no pienso en tal cosa!....

GENERAL Hace usted bien: yo tengo treinta años de casado.... ¡figúrese usted si conoceré á las mujeres!

EL PCPE. Perdone.... usted conocerá á la suya.

GENERAL Y también á las demás, la mía es una enciclopedia femenina....

EL PCPE. ¡Siempre es usted el mismo!

GENERAL Créame, Príncipe, el matrimonio no trae más que sinsabores y disgustos.... yo detesto á las mujeres!.... (Rien las señoras).

Mª DEL S. (A las señoras). Es muy particular este General, siempre hablando pestes de nosotras, y sin embargo no puede estar sin vernos, ni un instante; á su mujer mientras le hace una caricia, le dice que la va á mandar á fusilar.... (Risas entre las señoras).

GUILLER. ¡Jesús!

Cª DE LA R ¡Vaya un ogro!

Mª DEL S. Así era mi marido y le aseguro á usted, que no tenía nada de ogro....

Cª DE LA R (A Guillermina). Pollita, ¿has visto los regalos de la novia?

GUILLER. Sí, son dignos de una reina,

Mª DEL S. Esta mañana le envié un brillante negro.

GUILLER. ¡Lo he visto: es magnífico!

Mª DEL S. ¿Y por fin van á pasar la luna de miel á Báden Báden?...

Cª DE LA R ¡Eso he oido!

GUILLER. Sí, señora; el marido le ha comprado allí un palacio que es un eden.

Mª DEL S. ¡Vamos, no está mal!

GUILLER. Y aquí en la calle de Alcalá, le ha montado un hotel hermosísimo.

Mª DEL S. (Lo que le falta de juventud, le sobra de riquezas!)

EL UGIER ¡El Embajador de Rusia! (Del brazo de una señora; síguenle dos ó tres parejas).

MANR. (Mi rival! No estalles!) (Señalándose el pecho).

EMILIO. (¡Valor!)

ESCENA XV

DICHOS Y EL EMBAJADOR (de etiqueta y con varias cruces en el pecho).

EMB. Señoras! Señores!.... (Se acerca á los hombres).

Mª DEL S. (¡Es un cuadro al óleo!) (Señalando al Embajador).

GENERAL (Al Embajador después de saludarlo). Bueno, bueno, veo que es usted muy valiente.

EMB. En todo somos así los rusos....

C. DEL P. Breves momentos lo separan de la felicidad.....

EMB. ¡No sabe usted, cuanto deseo que transcurran!

ESCENA XVI

DICHOS Y LA CONDESA DEL PINAR

Cª DEL P. (A su marido). Fernando, ya es hora, ve por tu hija que el señor Obispo nos espera en el oratorio.... (El Conde del Pinar penetra en la habitación de Ofelia en su busca).

ESCENA XVII

DICHOS Y OFELIA, del brazo de su padre en traje nupcial: dos damas de honor le sostienen la cola. Al aparecer, todos, que la esperan con ansiedad, la acojen con un murmullo de aprobación. En el centro del teatro, el padre le cede su brazo al Embajador. Manrique y Emilio permanecerán separados de los demás.

MANR. (¡Qué suplicio!)

OFELIA. (Al echar á andar le da un vahido.) (¡Sus miradas me aterran!.... Yo pierdo el juicio!)

GUILLER. ¿Qué es eso, te sientes mal?

OFELIA. No, ya pasó: ha sido un ligero desvanecimiento.

Mª DEL S. (¡Desvanecimiento! ¡Es que ha visto al otro!)

GUILLER. (¡Pobre Ofelia!.... ¡hay padres!....)

EMB. ¡El altar nos aguarda, adorada mía!....

OFELIA. (¡Llegó el fatal momento!) ¡Adelante! (La comitiva se dirije á la capilla, precedida de los novios; en este instante Manrique, deshaciéndose de los brazos de su amigo que lo contiene, increpa al Embajador.)

MANR. ¡Ni un paso más! (Todos se detienen sorprendidos).

OFELIA. (¡Qué irá á hacer!)

C. PINAR. (¡Cielos!)

EMB. ¡Caballero!

GENERAL. (¡Escaramuza!)

PRINCIPE. *(¡Tableau!)*

EMILIO. (¡Se está matando!)

MANR. ¡Esta ingrata es solo mía! (Arrebatándosela del brazo al Embajador. Ofelia en actitud suplicante le pide piedad).

OFELIA. ¡Ah!....

C. PINAR. (¡Qué vergüenza!)

EMB. ¡Ira de Dios!....

MANR. ¡Señores, ya que esa mujer ha sido infiel á mis amores, no quiero conservar de ella, ni el recuerdo! (A ella). ¡Toma, toma, fementida, tu anillo! (Arrojándoselo á los piés).

OFELIA. ¡Ah cruel!.. (Lanza un grito y cae desmayada en los brazos de Guillermina; óyese en la concurrencia un murmullo de desaprobación.)

EMB. (Queriendo arrojarse sobre Manrique.) ¡Miserable!.... ¡Tu sangre lavará mi afrenta!....

C. DEL P. ¡Caballero, salga usted de mi casa!.... ¡Ya nos veremos! (Le señala la puerta, á la que va Manrique acompañado de Emilio.)

MANR. ¡Estoy á las órdenes de ambos! (Desde la puerta). Maldita sociedad, me arrojas de tu seno! ¡Sólo me queda Dios! (Cae en el hombro de Sanchíz.)

TELON PAUSADO

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La sacristía de un convento: en el fondo del teatro, sobre una escalinata, un crucifijo. La escena estará iluminada con una lámpara de aceite. A la derecha una mesa de pino y sobre ella un libro abierto; á su lado un sillón de cuero. Cuando lo indique la situación del drama óyese dentro el toque de la campana y el órgano.

ESCENA PRIMERA

EL PADRE ANGEL

P. ANGEL (De rodillas orando al pié de la cruz). ¡Dios de piedad infinita; oye mis súplicas fervientes! ¡No desampares á Manrique, dale paz y consuelo, envíale un rayo de tu gracia divina! (Levantándose y santiguándose).

ESCENA II

DICHOS Y EL HERMANO MANUEL

HNO. M. (Saliendo precipitadamente). ¡Padre!... ¡Padre superior!...

P. ANGEL ¿Qué ocurre?

HNO. M. ¡No encuentro al Padre Manrique en ninguna parte.

P. ANGEL (Alarmado). ¡Qué dice usted, hermano Manuel!

HNO. M. ¡La verdad! ¡El correo le ha traído ésto. (Le dá una tarjeta postal). y como no aparece ni vivo ni muerto!....

P. ANGEL (Tomando la tarjeta). ¡Vamos á buscarle!.... ¡Se halla tan delicado! ¡Quién sabe! ¡Ah! ¡No hay motivo para asustarnos. Ahora recuerdo que al entrar en la capilla me dijo: hoy es un día aciago para mí, voy á dar un paseo por el campo á ver si logro distraerme, volveré temprano porque espero impaciente la llegada de Emilio. Probablemente ésta tarjeta postal será de él. ¡Veamos! "Salgo por el tren expreso del Norte, hoy martes, mañana á las nueve de la noche te abrazaré.—Emilio."

HNO. M. ¿De suerte que dentro de tres horas se hallará aquí?

P. Angel ¡En efecto!

Hno. M. Al ver á su amigo, ha de sorprenderse tristemente...

P. Angel ¡Nada más cierto!.... Para ese nobilísimo religioso, los días están contados!....

Hno. M. ¿Y de dónde viene?

P. Angel Desde muy lejos, hermano, como si dijéramos del otro mundo.

Hno. M. ¿De América?

P. Angel Sí. de la Habana. (pausa)

Hno. M. ¡Qué extraño es el destino! ¡Quién había de decirle al Padre Manrique que la santa religión lo ampararía en su seno!....

P. Angel Eso prueba lo que encierra la vida mundanal. amarguras.... sufrimientos, decepciones, nada más!

Hno. M. ¡Siempre anda tan triste! No habla con nadie más que con usted, me dá muchísima pena cuando lo observo paseándose por los corredores, con esa palidez que lo asemeja á un espectro.

P. Angel ¿Y á quién nó? Su corazón, Hermano Manuel, está herido mortalmente. Su padecimiento se ha exacerbado de tal modo, que la más leve emoción puede arrebatárnoslo para siempre.

Hno. M. Sí, Padre, ya lo sé.... De poco tiempo acá los síncopes paralizan sus fuerzas con bastante frecuencia.

P. Angel Ese es un síntoma que según el sabio Doctor que le asiste, anuncia una solución inevitable.

Hno. M. ¡Infeliz!

P. Angel El Padre Manrique lo presume. A su clara inteligencia, no se oculta el porvenir. Luego, la rectitud de sus principios, la grandeza de su alma, hacen que sobrelleve una vida tan angustiosa.... Sólo Dios puede darle consuelo, y eso es lo que le pido siempre en mis plegarias!

Hno. M. ¡Y yo también!

P. Angel ¡Bien, hermano, bien!

Hno. M. Si usted supiera, lo que por él me intereso,.... es tan joven, posee tanto talento y habla de tal manera!....

P. Angel ¡Sí, sí, vale mucho!

Hno. M. Se me figura.... que debe ser víctima de alguna desgraciada pasión; muy amenudo se escapa de sus labios el nombre de Ofelia, y entonces, su semblante se cubre de dolor....

P. Angel ¡Tal vez recuerde la creación aquella del bardo inglés en Hamlet!....

Hno. M. ¡Oh no, Padre! ¡Su historia está ligada á la de una mujer: cuando se crée sólo suele murmurar. ¿Por qué me has abandonado?.... ¡Ingrata!....

P. Angel ¿Dice eso?

Hno. M. ¡Sí señ r: esas son sus palabras!

P. Angel (Su secreto aquí enmudecerá, (señalando el corazón) Bueno, bueno, hermano; uno de los pecados en que con más facilidad incurre el hombre, es el de la murmuración,.... ¡Callemos, no sea que pequemos!....

Hno. M. ¡Tiene usted razón; callemos!... Pronto deben comenzar las *letanías*, voyme á preparar la Iglesia....

P. Angel ¡Vaya, hermano!

Hno. M. Hasta después. (Le besa la mano y se marcha por donde entró).

ESCENA III

El Padre Angel

P. Angel ¡Lo que pueden las pasiones! ¡Mentira parece que los dulces recuerdos del amor venzan á la más fuerte voluntad, y subyuguen, y precipiten al hombre, á los más desatentados planes!.... Aquí en ésta necrópolis de mis aspiraciones mundanales en la cual me encuentro más cerca del cielo que de la tierra, en la que llevo por lema el olvido, de todo lo grato y halagüeño que rodeó mi juventud; sin poderlo remediar, oigo á veces como una tentadora voz que tiende á torcer mis hábitos, arrastrándome á aquellos tiempos, en que la mirada de una vírgen me conmovía profundamente, en que los triunfos sociales me hacían entrever los más gloriosos destinos, y en que, por último, la irreflexión de los pocos años, y mi calenturienta imaginación fabricaba fantásticos palacios, que al menor soplo de realidad se hundían para siempre!.... ¡Ah, ya todo pasó! ¡También yo he amado!... ¡También yo he sufrido la ingratitud de una muger!... ¡Dios mío!... ¡Dios mío! ¡Borra del pecho de Manrique el nombre de la infiel!... ¡Ah!... Aquí viene! Manrique sin reparar en el Padre Angel vá á arrodillarse al pié de la cruz).

ESCENA IV

DICHOS Y EL PADRE MANRIQUE

P. ANGEL ¡Padre Manrique! ¡Una buena noticia!

P. MANR. ¡Sí!....

P. ANGEL ¡Lea usted eso; hace un momento ha venido.¡

P. MANR. (Leyendo la tarjeta). ¡Que corazón tan noble! !No ha querido dejarme solo en el primer aniversario de mi pena!

P. ANGEL ¡Vámos anímese!... ¿Y que tal de campo?

P. MANR. ¡Ay, ojalá nunca hubiera ido!

P. ANGEL ¿Porqué? ¿Le ha ocurrido á usted algún accidente?

P. MANR. No, nada de eso... El campo Padre Angel, es para los que amain y son felices, no para los que como yo sufren horriblemente.... El cielo azul, el murmullo cadencioso del agua, que ya corre dulcemente, ya se desprende en hilos de plata de una cascada; el blando susurrar de los bosques, el gorjeo de los pájaros, que llenos de vida, saltan de rama en rama, llenando el ambiente de sus trinos de amor, el silencio, la soledad, todo eso hace que la imaginación se exalte, y que los mal adormecidos recuerdos tomen forma real.

P. ANGEL Es este instante acabo de rogar por usted al Señor.

P. MANR. ¡Gracias! ¡Gracias! Es usted un verdadero Angel!

P. ANGEL ¡Silencio Padre! ¡Eso es ofender al cielo!

P. MANR. Yo entiendo que la verdad es eiempre lo que más próximo se halla de Dios.

P. ANGEL Oígame nsted breves instantes y después procure imitarme. Este hábito y este convento, en donde vivo sepultado hace veinte años, fueron los amargos frutos de unos amores que yo tuve cuando era jóven...

P. MANR. ¿Sí?

P. ANGEL ¡Si señor!.. Y no le cause asombro. ¿No he sido tambien mozo? ¿acaso cree usted que mis labios no han apurado el ponzoñozo hálito de un beso? Sí, Manrique,... si—sólo ella con sus perjurios me trajo aquí.. ¡Vive aún, y suelo á veces verla!....

P. MANR. ¿Y cuando eso sucede, no se reproduce con brillantes colores aquel feliz pasado?

P. ANGEL No; se lo juro, la contemplo como una heromsa obra de la Omnipotencia divina, pero nada más!

P. MANR. Nuestra historia es análoga, pero, cuan diferente su resignación que lo hace ser dichoso, y mi desesperación —cada minuto más violenta....

P. ANGEL Fíjese en mis cabellos, ya blancos, y entonces no le extrañará nada. Ya llegará un día en que el tiempo, ese monstruo que todo lo devora, haya arrancado completamente de su alma esa pasión desventurada, que hoy, ya es solo un triste recuerdo.

P. MANR. ¡Imposible! ¿Cómo olvidar un hecho que ha decidido de mi suerte, que ha matado mis ilusiones?.... ¡Jamás!.... ¡Jamás!

P. ANGEL Siga usted mis consejos, Padre Manrique. y sobre todo mucha fé en el Altísimo, que el le ayudará.

P. MANR. ¡Esa me sobra!

P. ANGEL Así, la vida del claustro, le llegará á parecer envidiable, de lo contrario....

P. MANR. ¡Sí, ya se!... ¡Un constante martirio! (Suena dentro el toque de oración).

P. ANGEL ¡Nos llaman al coro¡

P. MANR. ¡Vamos!

P. ANGEL ¡No; usted espéreme en su celda yo lo autorizo!

P. MANR ¡Ah gracias! ¡Cuanto se lo agradezco Padre mio!

P. ANGEL ¡Adios!.... Y mucha calma!.... ¡No quiero que Emilio lo encuntre así!...

P. MANR. ¡No Padre!... Trataré de dominarme! (Le besa la mano).

P. ANGEL ¡El Señor sea con usted! (vase).

P. MANR. ¡Amén!....

ESCENA V

MANRIQUE SOLO

(Quédase un momento como reconcentrado en recuerdos).

¡Pobre Emilio!.... ¡Lejos de apagar la ausencia tu recuerdo, avívalo más y más!.... ¡Tu no me has abandonado! ¡Ven!... ¡llega pronto!... ¡Quiero abrazarte antes de morir (se oye dentro un cántico religioso al órgano). ¡La oración!.... ¡Que tristeza!.... ¡Cuanta melancolía encierran esas notas!... ¡Son quejidos de dolor, ayes de amargura que convidan al recojimiento del espíritu!... (Pausa) ¡Doquiera me circunda la quietud más absoluta!... Solo aquí (señalando al corazón)

brama la tempestad... ¡Ofelia!... ¡Ofelia! (Saca un retrato debajo del hábito). ¡Cuanto te amo todavía!... ¡Mi amor insensato raya en el delirio; en la locura!... Mi vida, que no es vida, sino muerte, te pertenece entera, tu recuerdo sin cesar me persigue!... ¡Si abro un libro de rezos, queriendo ahogar en él mis desdichas, en la faz de las imágenes que adornan sus páginas, tu rostro encantador surge de repente!... ¡Ese rostro que no he de ver jamás!... ¡Busco asilo en el coro, y allí en la penumbra entre las voces que elevan preces al cielo, escucho, la tuya amorosa y suave, como el eco de cien arpas!... Si tras las rejas de esta prisión á que tu olvido me ha condenado, percivo una mujer, entre los pliegues de su traje, veo mecerse tu cuerpo, lleno de gracia y voluptuosidad, ¡Oh, visión adorada! ¡Vete!.. ¡Vete!... Ten piedad de mi! ¡Aquel Manrique dueño de su libertad, es ahora un sacerdote!... ¡Déjame en paz!.... ¡Es inútil!.... ¡La luz de tus miradas alumbrarán las tinieblas de mi tumba!... ¡Oh menguada voluntad! ¡Tanto blasonar de fortaleza,... y te vence una débil mujer!.... ¡Necesito de tí. Dios mio!.... ¡Defiéndeme!... ¡Sé mi escudo!... Mira que mi razón se extravía... que siento el desmayo apoderarse de mi! (mirando el retrato). ¡Habrá tortura igual! Mentira la fé.. el amor, solo creo en la eternidad!... (Deja caer el retrato, ¡Solo creo en tí, en ti solo Dios mio en ti). ¡Dulces sueños!... Embriagadoras ilusiones! ¡Adios por siempre! marcha llevándose la mano al corazón).

ESCENA VI

El Hermano Manuel Ofelia y Dolores

Hno. M. Señora, el Padre Manrique se halla en su celda, voy en seguida á avisarle.

Ofelia. ¡Gracias hermano! ¡Para los pobres! (Dándole una moneda).

Hno. M. ¡El Señor se lo premie! (vase).

ESCENA VII

Dichos menos el hermano Manuel

Ofelia. ¡Que ansiedad me embarga Dolores!...

Dolores. ¡Me la explico, hija mia!... ¡Pronto lo verá!....

Ofelia. Lo deseo, y sin embargo tiemblo. ¡El dolor me ha vencido!

Dolores. Si usted no le da ánimo ¿qué hará él?

Ofelia. ¡Oh mi Manrique! ¿volverte á ver?...

Dolores. ¡Quien ha resistido tan duros golpes de la fort na, bien puede dominar la emoción que ha de producirle su presencia!

Ofelia. ¡Ay Dolores, cuando se sufre mucho... todo se teme!

Dolores. ¡Animo Ofelia.... El necesita alientos!....

Ofelia. ¡Yo se los infundiré!

Dolores. ¡Qué no vence el cariño!

Ofelia. ¡Todo!

Dolores. ¡Usted es un ejemplo!

Ofelia. Y tanto, casada, mejor dicho vendida por un monton de oro.... he soportado un largo calvario, sin hacerle jamás traición á su memoria....

Dolores. ¡Bien lo sé todo!....

Ofelia. Ah que noche aquella Manrique, delirante de celos, maldiciéndome, y yo arrastrada por el deber uniendo mi suerte al mejor postor de mi juventud!

Dolores. ¡Oh, cálmese, hija mia, usted fué una buena hija, una hija cristiana....

Ofelia. ¡Si Dolores, cumplí hasta donde podía hacerlo!.... mi alma no era mia!.... ¡No la entregué!...

Dolores. ¿A qué evocar recuerdos tan dolorosos?... Hablemos del presente.... ¡Ya es usted libre!....

Ofelia. ¿Libre? ¿Cabe la libertad cuando se ama?

Dolores. ¡Es muy cierto!

Ofelia. Ahora como siempre mi único ideal es ese hombre...

Dolores. ¡Bien se lo merece!

Ofelia. Yo sería una infame, si sabiendo por sus cartas que su postrer suspiro tal vez pronto se escape, no hubiera corrido á su lado, aun cuando el mismo infierno se opusiera.

Dolores. ¡Así es!

OFELIA. ¿Y cómo no Dolores? ¡Si soy la causa de que Manrique se halle sepultado en este Monasterio, enfermo! (Llora).

DOLORES. Tranquilícese Ofelia mia, tenga valor, una heroina como usted no debe nunca desmayar...

OFELIA. ¡Oigo pasos!... ¡El es!

DOLORES. Ofelia, fuera aguardo (Vase por el foro).

ESCENA VIII

MANRIQUE Y OFELIA

MANR. (Adelantándose). ¡Señora! (Ofelia levántase el velo y se arroja en sus brazos).

OFELIA. ¡Manrique!

MANR. ¡Mi Ofelia! (As nombrado.)

OFELIA. ¡Tnya!... !Si!... ¡tu Ofelia!...

MANR. (Volviéndose de espaldas á ella, y apartándola con la mano). ¡Fantasma tentador!.... ¡Aléjate!... ¡Siempre ella!.. (Con abatimiento).

OFELIA. (Tomándole apasionada por un brazo). No soy como crees, una sombra... ¡Nó! ¡Soy tu amada!....

MANR. ¡Un día lo fuites!

OFELIA. ¡Oh no!.... ¡Ni un instante he dejado de pertenecerte!...

MANR. (Fuera de sí, al oir sus palabras la oprime contra su pecho). ¿Mia?.... ¿Eso has dicho?....

OFELIA. ¡Sí! ¿no lo has oido?.... ¡De mi Manrique!...

MANR. ¡Me mata la dicha!....

OFELIA. ¡Cuan bueno eres!

MANR. (Cómo dándose cuenta de su situación). Pero.... ¿Es esto sueño ó realidad?

OFELIA. ¡Mírame bien! ¡Mírame Manrique!...

MANR. ¡Es verdad! ¡No deliro!... ¡Ven! !Más cerca de mi!... ¡Así...! ¡Así!... (Ambos forman un grupo amoroso. Pausa).

OFELIA. ¡Soy muy feliz!...

MANR. Ofelia ¿porqué no has respetado mi soledad?... ¿Por qué no me has dejado morir?

OFELIA. ¡Oh dueño mio! ¡Silencio!.... ¡No aumentes mi pesar!....

MANR. ¡Pobre mujer!...

OFELIA. ¿No adivinas que si vivo es sólo por tí?..

MANR. ¿Y tu me amas?

OFELIA. Oyeme incrédulo

MANR. ¡Te oigo!....

OFELIA. Manrique, hoy hace un año.....

MANR. ¡No necesitas recordármelo!....

OFELIA. Pues bien, el Embajador á quien mis padres lograron convencer de que la escena que promovite, había sido hija tan solo del acaloramiento de la juventud, y que no revestía importancia alguna, hasta el punto de que mi pretendiente no tuviera escrúpulos en llamarme su esposa, echábame después en cara sin cesar mi ingratitud para con él, tornándose su carácter, cada vez más violento é irascible....

MANR. ¡Imbécil!

OFELIA. Llena de amarguras, víctima de sus eternos é insoportables celos he vivido hasta hace dos días. Hallábame en mi *boudoir* bañada en lágrimas releyendo tu última carta, cuando la puerta se abrió violentamente. Era mi marido. Verme, ponerse lívido de ira, y arrebatármela, fué obra de un instante, leyóla rápidamente y con acento de cólera exclamó:—Señora quiero que ahora mismo me diga usted, cual es su resolución. Volar á su lado, respondí con vehemencia.—El me necesita.—Su respuesta fué la que esperaba, después de llamarme esposa indigna, y de asegurarme que no me ahogaba por no manchar sus manos con un crímen, díjome que me repudiaba, y en efecto, por el *expres* de la tarde, acompañado del Príncipe Vaigoff su secretario, marchó con dirección á San Petersburgo, dejándome abandonada, no sin antes jurarme olvido eterno. Rota de manera tan inesperada, mi cadena conyugal, aquí me tienes, sin preocuparme ni de las calumnias de la sociedad, ni de la decisión de mi marido. El deber me llamaba á tu lado, ahora Manrique, que soy libre, huyamos á donde tu quieras.

MANR. ¡Huir contigo! ¿Qué dices, Ofelia? (Con desencanto).

OFELIA. Sí, dueño mío, vengo á buscarte para que nos marchemos al fin de la tierra, soy rica, y en el sitio que tu elijas, separados del mundo, viviremos siempre los dos, completamente felices. (Con pasión).

MANR. ¡Oh, mi Ofelia, cuan tentadoras son tus palabras.... pero esa felicidad que refleja tu pasión, pasó para no volver....

OFELIA. ¡Manrique, no digas eso!....

MANR. Cada minuto que transcurre, siento más cerca mi fin... mis males no tienen remedio!....

OFELIA. ¿Y mis caricias no te harán vivir?....

MANR. ¡Delirios! ¡Un cadáver no quiere más que la tierra!..

OFELIA. ¡Calla!.... ¡Por la Virgen!

MANR. No, no quiero que te engañes.... Ofelia mía, pronto acabaré de sufrir.... (Pausa) Vete!... Vete!.... Déjame. (Con languidez).

OFELIA. (Con pasión). ¿Abandonarte?... Tu último suspiro lo recogerán mis labios.... después.... ¡Ah, Manrique!.... (Rompe á llorar).

MANR. Ofelia, no llores. Mira que tus lágrimas son hirvientes lavas que le arrojas á mi pobre corazón!.... (Sollozando y tomándole cariñosamente una mano). ¡Escúchame!...

OFELIA. ¡Dí, angel mío!

MANR. ¿No te dice este traje, este sitio, lo que es hoy, tu Manrique de ayer?....

OFELIA. Sí.... Sí.... mas ¿qué me importa, si te adoro con el mismo entusiasmo que el primer día?....

MANR. Ofelia, yo soy un imposible. El amor que vive en el claustro es el de Dios.... En cambio, tu eres joven y libre.... Olvídame, que no te ha de faltar un ser en quien depositar tu cariño....

OFELIA. ¡Olvidarte!.... ¡Manrique, no seas cruel!

MANR. ¡Es necesario!....

OFELIA. ¡O tu amor ó el sepulcro!

MANR. ¡Aquí lo tienes! (Señalándose el pecho con desencanto.) ¡Por piedad, Ofelia! ¡huye!....

OFELIA. Contigo, ven, un coche nos espera. (Lo toma por la mano y quiere llevárselo.)

MANR. (Retrocediendo). Jamás! Jamás! (¡Dios santo! qué lucha!)

OFELIA. ¡Manrique de mi alma, que soy yo quien te llama! ¡No te resistas!... Te juro que nadie me ha de arrancar de tu lado....

MANR. (Delirando.) ¡Nadie! ¡Nadie!

OFELIA. Sólo Dios! (Con pasión).

MANR. ¡Dios! (Anonadado).

OFELIA. Sí, sólo él! Sígueme!.... (Queriendo llevárselo).

MANR. ¡Imposible!... ¡Ya las fuerzas me abandonan! (Agobiado).

OFELIA. Ten compasión de esta desventurada mujer. (Arrodillándose).

MANR. (Ayúdame, Señor.) ¡Basta, Ofelia!... ¡Levántate!....

OFELIA. ¡Ven!....

MANR. ¡Olvida lo pasado!

OFELIA. Pero Manrique, ¿quién te detiene?

MANR. ¿Quiéres saberlo?

OFELIA. Sí!

MANR. Tú lo has dicho: ¡Dios!.... (Acométele el desmayo que determina su muerte).

OFELIA. Ah! (Al verlo caer en el sillón). Manrique! Manrique! (Con desesperación).

MANR. Sé dichosa!.... Ofelia.... Ya siento la muerte.... Aquí!.... (Por el pecho). La vista se me nubla!..... Me ahogo!

OFELIA. Morir tú! Madre del Carmen! (Separándose de él y llamando). ¡Auxilio!.... ¡Socorro!.... ¡Ah, mi bien, como es posible!

DOLORES. ¿Qué pasa, Ofelia?

ESCENA IX

DICHOS Y EMILIO (en traje de viaje).

OFELIA. ¡A mí.... Socorro!.... (Con desesperación).

EMILIO. (Corriendo hácia el moribundo). ¡Ah, Ofelia!.... ¿Estás enfermo? Responde, Manrique..... Tu silencio me aterra!....

MANR. (Con voz muy débil y tomándole las manos). Emilio!..... ¡Gracias!..... ¡Adios, Ofelia!.... (Muere en el sillón).

DOLORES. ¡Un médico!

EMILIO. (Desesperado). ¡Sí!.... ¡Pronto!.... ¡Un médico! ¡Oh, esto es horrible!....

ESCENA X

DICHOS, EL PADRE ANGEL Y LA COMUNIDAD (que sale desordenadamente al oir los gritos.)

P. ANGEL ¡Esas voces!....

EMILIO. ¡Oh, cuánto padecer! ¡Pobre amigo! (Sollozando).

P. ANGEL. (Después de observar á Manrique extiende su mano sobre él solemnente y dice): ¡Sea su espíritu en el reino de los cielos!....

OFELIA. (Deshecha en lágrimas, de rodillas sobre él). ¡Misericordia!.. ¡Misericordia!.... ¡Madre mía!....

EMILIO. ¡Todo acabó! ...

P. ANGEL. (A la comunidad). Oremos!.... (Todos se arrodillan y entonan el Credo.)

TELON PAUSADO

FIN DEL DRAMA

Obras del mismo autor

EN TRES ACTOS

LOS BRILLANTES DE TIJUCO (Zarzuela).

EN UN ACTO

UN ARDID FEMENIL.
¡BEBÉ! (Zarzuela).
¡ENTRE PRIMOS!

Los Comisionados de la Administración Lírico-Dramática de D. Eduardo Hidalgo, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación, como también del cobro de los derechos de propiedad.